

La mayor reliquia del Santo Leño

Enclavado en el corazón mismo de la comarca cántabra de La Liébana, se arregaza entre los montes de La Viorna, en las estribaciones de los Picos de Europa que miran a Santander, por donde Castilla se acerca al mar, el Monasterio de Santo Toribio, fundado, bajo la advocación de San Martín allá por el siglo VI, por un monje de nombre Toribio, que llegó aquí con cinco compañeros de penitencia, Tolobeo, Synobi, Eusebio, Ensóstomo e Iofaco, quienes se retiraron a este lugar a menos de una legua de la villa de Potea, para hacer oración y vida de ermitaños.

Pronto, otro Toribio, ése Obispo de Astorga, y del que Fray Prudencio de Sandoval dijo que fue "gran honrador de Dios y meospreciador de sí mismo", llegó también a éste, entonces poco más que eremitorio. Enviado por la Iglesia a los Santos Lugares y, hallándose en Jerusalén, supo por anuncio divino, que la ciudad iba a ser asolada y que debía sacar de ella todas las Reliquias de la Crucifixión del Señor. A su regreso a Hispania, trajo, entre otras la Santa Reliquia del Lignum Crucis y como quiso ser enterrado en el Monasterio de Santo Toribio, que ya se titulaba el de La Liébana con esta advocación, dejó dicho que con sus restos, se llevase allí la mayor porción conservada de la Cruz donde murió el Señor, que Santa Elena, la madre del emperador Cosntantino, había rescatado.

El Santo Leño fue serrado y puesto en forma de cruz, quedando entero el agujero del clavo que sujetó la mano izquierda de Cristo. En 1958, se hizo en Madrid un estudio botánico de la madera, que determinó que la especie, corresponde al "cupressus sempervivens", que extraordinariamente vieja y que se calcula una edad de más de 2.000 años.

Venerada desde principios del siglo VIII en Santo Toribio de Liébana, los Pontífices Julio II y León X ratificaron en el XVI el Jubileo,

● El Santo Leño fue serrado, quedando entero el agujero del clavo que sujetó la mano izquierda de Cristo



que se celebra, con indulgencias plenas, aquellos años en que la fiesta de Santo Toribio, el 16 de Abril, coincide en domingo. Y en el Año Jubilar de 1995, un 29 de agosto, fuimos desde Santander a Liébana, a ganar ese jubileo. Recuerdo que era un día hermosísimo en La Montaña. Nos detuvimos en Hunquera donde Covadonga, la santera, nos contó angustiada el despojo que habían hecho un año de la preciosa imagen de Nuestra Señora. Y desde Potes, la hermosa y noble villa ilustrada de blasones hidalgos, llegamos al Monasterio.

Entramos en la plenitud románico-gótica de este lugar santo, donde las devociones se ahondan. En aquel momento, cuando en la

Iglesia había unas veinte de personas, se me acercó un franciscano y preguntó: "¿Vienen a ganar el Jubileo?... Enseguida podrán adorar la Reliquia". Pero, para llegar a la Capilla del Pignum Crucis, que fundó en el siglo XVIII don Francisco Gómez Otero y Cossio, natural del cercano Turieno, Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, Capitán General Virrey de Nueva Granada, tenía ante mí una barrera insalvable: ¡Las escaleras, empinadas, que no podría subir!

El padre Luis Zabala, —este era su nombre— volvió a acercarse a mí, dándose cuenta de lo que ocurría. "No se mueva de aquí —me dijo— yo le traeré la Santa Cruz". Me quedé en la iglesia monacal, situada de frente a la puerta de la capilla. Desde allí seguí con atención el breve culto de adoración de la Reliquia. Yo pensaba para mi coleteo: "A este buen fraile se le olvidará y la volverá a poner en el Relicario". Desde lejos miraba el Santo Leño, recordando cuando, hacía por lo menos 30 años, había ido al Monasterio y hecho un reportaje que me valió poco después el primer premio periodístico que gané en mi vida y que se difundió por toda España por medio de la Agencia EFE donde yo trabajaba entonces.

Había terminado el acto de adoración de la Santa Cruz para ganar el Jubileo y los asistentes salían ya de la Capilla. De pronto, cuando me estaba levantando del banco, vi que el padre Zabala, avanzaba hacia mí con el Lignum Crucis. Bajo las escaleras y se acercó a mí para darme a besar la mayor Reliquia del Santo Leño. Sentí que algo muy grande, me estaba ocurriendo, que se estremecía el alma, que había, de pronto, más luz en la iglesia del Monasterio, que todo me daba vueltas y que yo era cada instante más pequeña. Cuando besé la Cruz Santa, que el padre Zabala me sostenía, besé también su mano. Y supe que jamás, sabría contar tanta emoción.

Isabel MONTEJANO